

Capítulo VI

La princesa Papantzin

HLEVADA por su entusiasta fe, D.ª Ana habíase sin pensarlo extendido en su vehemente respuesta á la intencionada pregunta de Papantli.

Pero el efecto fué el que debía prometerse.

Papantli quedó profundamente impresionada.

Sabemos ya, pues ella misma se lo dijo á Ixtaolzin poco después de haber escapado de la gruta de Tepeyac, que la resignación cristiana de las víctimas del feroz sacerdote habíala predispuerto en favor de una religión que, como ninguna otra, está hecha para llevar el consuelo, la confianza y la fe á las almas que sufren, y que de preferencia ensalza á los pobres y á los humildes.

Papantli no podía por menos de haberse sorprendido del contraste que su cruel religión azteca hacia con la religión cristiana, cuyo Dios se sacrificaba á sí mismo por el bien de sus criaturas, al contrario de sus monstruosos dioses, que nunca veían satisfecha la voracidad con que

devoraban en sus altares pestilentes la carne de inmenso número de humanas víctimas.

Podía apreciar tanto mayor esta diferencia cuanto que no era el suyo un espíritu vulgar é inculto.

Su educación había sido la correspondiente á su clase como sobrina del señor de Tlaltelolco, que estuvo casado con la princesa mexicana Papantzin, hermana de Moctezuma.

Dicha princesa fué la heroína de un memorable suceso ocurrido en los últimos años del reinado del gran emperador mexicano.

Aquel suceso lo refiere del siguiente modo un historiador:

Muerto el señor de Tlaltelolco, su esposa la princesa Papantzin permaneció en su palacio hasta el año de 1509 en que murió también de enfermedad natural.

Celebráronse sus exequias con la magnificencia correspondiente al esplendor de su nacimiento, con asistencia del rey su hermano y de toda la nobleza de ambas naciones.

Su cadáver fué sepultado en una cueva ó gruta subterránea que estaba en los jardines del mismo palacio, próxima á un estanque en que aquella señora solía bañarse, y la entrada se cerró con una piedra de poco peso.

El día siguiente, una muchacha de cinco á seis años que vivía en el palacio, tuvo el capricho de irse desde la habitación de su madre á la del mayordomo de la difunta, que estaba más allá del jardín.

Al pasar por el estanque, vió á la princesa sentada en los escalones de éste, y oyó que la llamaba con la palabra *cocotón*, de la que se servían en el país para acariciar á los niños.

La muchacha, que por su edad no era capaz de reflexionar en la muerte de la princesa, y pareciéndole que ésta iba á bañarse como lo tenia de costumbre, se acercó sin recelo, y la princesa le dijo que fuese á buscar á la mujer del mayordomo.

Obedeció en efecto, mas esta mujer, sonriendo y haciéndole cariños, le dijo:

—Hija mía, Papantzin ha muerto y ayer la hemos enterrado.

Mas como la muchacha insistía y aun la estiraba del traje, que llamaban *huepilli*, ella, más por complacerla que por creer lo que le decia, la siguió al sitio á que la condujo y apenas llegó á la presencia de aquella señora, cayó al suelo horrorizada y sin conocimiento.

La muchacha avisó á su madre, y ésta, con otras dos mujeres acudieron á socorrer á la del mayordomo; mas al ver á la princesa quedaron tan despavoridas que también se hubieran desmayado si ella misma no les hubiera dado ánimo, asegurándoles que estaba viva.

Mandó por ellas llamar al mayordomo, y le encargó que fuese á dar noticia de lo ocurrido al rey su hermano, pero él no se atrevió á obedecerla, porque temió que el rey no diese crédito á su noticia y sin examinarla la castigase con su acostumbrada severidad.

—Id, pues, á Tezcoco,—le dijo la princesa, rogado en mi nombre al rey Netzahualpilli que venga á verme.

Obedeció el mayordomo y el rey no tardó en presentarse.

A la sazón la reina habia entrado en uno de los aposentos del palacio.

Saludóla el rey lleno de terror y ella le rogó que pasase á México y dijese al rey su hermano que estaba viva y

que deseaba verle para descubrirle algunas cosas de suma importancia.

Desempeñó Netzahualpilli su comisión y Moctezuma apenas podía creer lo que estaba oyendo.

Sin embargo, por no faltar al respeto debido á su alia-do, fué con él y con muchos nobles mexicanos á Tlaltelolco, y entrando en la sala donde estaba la princesa, le preguntó si era su hermana.

—Yo soy, señor,—respondió ella,—vuestra hermana Papantzin, la misma que habéis enterrado ayer, estoy viva en verdad, y quiero manifestaros lo que he visto, porque os importa.

Dicho esto se sentaron los dos reyes, quedando todos los demás en pié, maravillados de lo que veian.

Entonces la princesa volvió á tomar la palabra y dijo:

—«Después que perdí la vida, ó si esto os parece imposible, después que quedé privada de sentido y movimiento, me hallé de pronto en una vasta llanura á la cual por parte ninguna se descubria término.

»En medio observé un camino que se dividía en varios senderos y por un lado corría un gran río cuyas aguas hacian un ruido espantoso.

»Queriendo echarme á él para pasar á nada á la orilla opuesta, se presentó á mis ojos un hermoso joven, de gallarda estatura, vestido con un ropaje blanco como la nieve, resplandeciente como el sol.

»Tenia dos alas de hermosas plumas y llevaba esta señal en la frente (al decir esto, la princesa hizo con los dedos la señal de la cruz) y tomándome por la mano me dijo:

—«Detente, aun no es tiempo de pasar este río. Dios te ama aunque tú no lo conoces.

»De allí me condujo por las orillas del río, en las que ví muchos cráneos y huesos humanos, y oí gemidos tan lastimeros que me movieron á compasión.

»Volviendo después los ojos al río, ví en él unos barcos grandes y en ellos muchos hombres, diferentes de los de estos países en traje y en color.

»Eran blancos y barbudos; tenían estandartes en las manos y yelmos en la cabeza.

—»Dios,—me dijo entonces el joven,—quiere que vivas á fin de que des testimonio de las revoluciones que van á sobrevenir en estos países.

»Los clamores que has oído en estas márgenes, son las almas de tus antepasados que viven y vivirán atormentados en castigo de sus culpas.

»Esos hombres que ves venir en los barcos, son los que con las armas se harán dueños de estas regiones, y con ellos vendrá también la noticia del verdadero Dios, Criador del cielo y de la tierra.

»Cuando se haya acabado la guerra y promulgado el baño que lava los pecados, tú serás la primera que lo reciba y guie con su ejemplo á todos los habitantes de estos países.

»Dicho esto desapareció el joven, y yo me encontré restituida á la vida: me alcé del sitio en que yacía, levanté la lápida del sepulcro y salí al jardín donde me encontraron mis domésticos.»

Atónito quedó Moctezuma al oír estos pormenores.

Turbada su mente con los más tristes pensamientos, se levantó y dirigió á su palacio que tenía para el tiempo de luto, sin hablar á su hermana, ni al rey de Tezcoco, ni á ninguno otro de los que le acompañaban, aunque algunos aduladores, para tranquilizarlo, procuraron

persuadirle que la enfermedad que había padecido la princesa le había trastornado el sentido.

No quiso volver á verla por no afligirse de nuevo con los melancólicos presagios de la ruina de su imperio.

Añade á esto el historiador que recogió esta tradición, que la primera vivió muchos años después, enteramente consagrada al retiro y á la abstinencia y que fué la primera que en el año de 1524 recibió en Tlaltelolco el sagrado bautismo y se llamó desde entonces D.^a María Papantzin: en los años que sobrevivió á su regeneración fué un perfecto modelo de virtudes cristianas y su muerte correspondió á su vida y á su maravillosa vocación al cristianismo (1).

El mismo autor dice á continuación, que además de este memorable suceso, ocurrió en 1510 el repentino y violento incendio de las torres del templo mayor de México, en una noche serena y sin haberse podido averiguar jamás la causa.

El año anterior se habían agitado de pronto y con tanta violencia las aguas del lago, que arruinaron las casas de la ciudad sin haber habido viento, terremoto, ni otra causa natural á que se pudiera atribuir aquel extraño acontecimiento.

También se dice que en 1511 se vieron en el aire hombres armados que combatían entre sí y se mataban.

Estos y otros pormenores referidos por Acosta, Torquemada y otros escritores, se hallan exactamente descritos en las historias mexicanas y alcolhuas.

No es inverosímil que habiendo Dios anunciado con varios prodigios la pérdida de algunas ciudades como

(1) El P. Clavijero, *Historia antigua de México*.

consta por la Sagrada Escritura y por el testimonio de Josefo, de Eusebio de Cesarea, de Orosio y otros escritores, quisiese también usar de la misma providencia con respecto al trastorno general de un mundo entero, que es sin duda el suceso más grande y extraordinario de cuantos encierra la historia profana (1).

(1) Clavijero, *Historia antigua de México*

Capítulo VII

Los ritos aztecas

YOLVAMOS á Papantli, á la cual, por un momento, hemos dejado para referirnos al prodigioso suceso de la princesa Papantzin.

Hemos dicho, y repetimos, que Papantli poseía una bien cultivada inteligencia, se entiende, que para su época y relativamente á las costumbres y religión de su pueblo.

Durante algunos años habia ejercido en el templo mayor de México las funciones de sacerdotisa.

No estaban, sin embargo, sus manos manchadas con la sangre de las victimas.

Su religión vedaba á las mujeres el hacer sacrificios y las excluía de las altas dignidades sacerdotales.

El sacerdocio no era obligatoriamente perpetuo entre los mexicanos, y la consagración de las mujeres á él, era más bien un modo de educarlas que una positiva dedicación.

Ya en virtud de algún voto que hacían por enferme-

dad, ya para obtener un buen casamiento, ó para implorar de los dioses la prosperidad de las familias, servían en el templo por espacio de uno ó dos años.

Otras eran consagradas desde la niñez, por sus padres: la consagración de éstas se hacía del modo siguiente:

Cuando nacía la niña la ofrecían sus padres á alguna divinidad y avisaban al sacerdote del barrio y éste al superior general de los seminarios.

Pasados dos meses la llevaban al templo y la ponían en las manos una granadilla y un pequeño incensario, con un poco de copal, para significar su futuro destino.

Cada mes reiteraba su visita al templo, y la oblación, juntamente con las de algunas cortezas de árbol para el fuego sagrado.

Cuando la niña llegaba á la edad de cinco años la entregaban sus padres al superior de los seminarios y en ellos la instruían en la religión, en las buenas costumbres y en las ocupaciones propias de su sexo.

Vivían con mucho recogimiento, silencio y retiro, bajo la vigilancia de sus superiores y sin tratar con hombres.

Algunas se levantaban dos horas antes de la media noche, otras á media noche y otras al rayar el día para atizar y avivar el fuego y para incensar á los ídolos; y aunque asistían algunos sacerdotes á la misma ceremonia, había una separación entre ellos, formando una ala los hombres y otra las mujeres, aquéllos y éstas á la vista de sus superiores para que no hubiese ni el menor desorden.

Todas las mañanas preparaban sus oblationes de comestibles y barrían el atrio inferior del templo.

Los ratos que les dejaban libres sus obligaciones re-

ligiosas los empleaban en hilar y tejer hermosas telas para vestir á los ídolos y adornar los altares.

La pureza de estas doncellas era objeto del esmero particular de sus superiores.

Cualquier delito de este género era imperdonable.

Si quedaba oculto, la delincuente procuraba aplacar la cólera de los dioses con ayunos y austeridades, pues temía que, en castigo de sus culpas, se le pudriesen las carnes.

Cuando la doncella consagrada desde su infancia al culto de los dioses llegaba á la edad de diez y siete años, que era en la que por lo común se casaban, sus padres le buscaban marido, y estando ya de acuerdo con él presentaban al gran sacerdote en platos curiosamente labrados, un cierto número de codornices y cierta cantidad de copal, de flores y de comestibles, con un discurso en que le daban gracias por el esmero que había puesto en la educación de su hija y le pedían licencia de llevarla consigo.

Aquel personaje respondía con otra arenga, concediendo el permiso que se le pedía y exhortando á la joven á la perseverancia en la virtud y al cumplimiento de las obligaciones del matrimonio (1).

Al ocurrir la venida de los españoles y el sitio y toma de la capital, Papantli era casi una niña y no tuvo inconveniente en seguir al sacerdote Ixtaolzin, grande amigo del padre, muerto valerosamente en defensa de su país.

Creciendo fué al lado del sacerdote que, como á su hija la veía, y la consagró al culto y cuidado de los dioses por él escondidos en la gruta del Tepeyac.

(1) Clavijero, *Historia antigua de México*.

En mitad de su aislamiento ocurrió la vuelta del sacerdote á la gruta acompañado de sus víctimas.

La resignación con que estas sufrían el bárbaro martirio que Ixtaolzín les impuso y las cristianas oraciones con que se fortificaban para seguir padeciendo, abrieron nuevos horizontes de luz ante los absortos ojos de Papantli.

Desde los primeros momentos ella fué la que, siempre que la ocasión se le ofrecía, aliviaba el sufrimiento de las víctimas con toda especie de consuelos y socorros.

Si más no hizo, si no les dió la libertad en un momento de caritativo entusiasmo, fué porque temió, no tanto la cólera del sacerdote, sino la de sus dioses.

No en vano había sido educada en el respeto y la consideración hacia ellos.

Casi niña aun, no podía resolverse á creer que aquellos dioses no fuesen lo que se le había dicho que eran.

Dolíale el pensar que consintieran á Ixtaolzín cometer tantas y tales crueldades, pero al mismo tiempo pensaba que era justo que aquellos ídolos se vengasen, aun en gente inocente al parecer, de los desacatos que los hombres de la raza conquistadora habían en sus templos cometido.

¿Qué cosa más natural que la de que se tradujese en atroz crueldad el odio de unos dioses crueles y sanguinarios como pocos?

«La crueldad y la superstición de los mexicanos, —dice Clavijero,—sirvieron de ejemplo á todas las naciones que conquistaron y á las inmediatas á sus dominios, sin otra diferencia que la de ser menor entre ellos el núme-

ro de sus abominables sacrificios. La vanidad de su culto, la superstición de sus ritos, la crueldad de sus sacrificios y los rigores de su austeridad, harán más manifiestas á sus descendientes las incomparables ventajas que les ha traído la dulce, pura y santa doctrina de Jesucristo, y los excitarán á dar gracias al Padre de las misericordias por haberlos llamado á la luz maravillosa del Evangelio, habiendo dejado perecer á sus antepasados en las tinieblas del error.»

Hemos descrito ya en otros pasajes de esta obra las bárbaras circunstancias con que los mexicanos celebraban sus sacrificios ordinarios.

Dicho queda que en la fiesta de la madre de los dioses la mujer que la representaba recibía la muerte mientras la sostenía en sus hombros otra mujer que quedaba horriblemente bañada en la sangre de la víctima.

En la fiesta de la llegada de los dioses las víctimas morían en las llamas.

Al dios Tlaloc se le sacrificaban niños de ambos sexos, ahogándolos en el lago: en otra fiesta del mismo dios compraban tres muchachos de seis á siete años, y encerrándolos con abominable crueldad en una caverna, los dejaban morir de hambre y horror.

Muerta la víctima, cuya cabeza, si había sido prisionero de guerra, se conservaba como un adorno del templo, llevábase á sus casas para cocerla y condimentarla y dar con ella un banquete á sus amigos. Comían tan sólo las piernas, los muslos y los brazos y quemaban el resto del cuerpo ó lo reservaban para mantener las fieras de las casas reales. Los otomíes hacían á la víctima pedazos y vendían estos en el mercado público. Algunos de los ídolos eran gigantescos y cóncavos, y en este caso

le introducían por la boca y en una cuchara de oro los corazones aun palpitantes de las víctimas (1).

No eran aquellos habitantes, dice el mismo historiador, menos despiadados consigo mismos.

Acostumbrados á los sacrificios sangrientos de sus prisioneros se hicieron también pródigos de su misma sangre, pareciéndoles poca la que derramaban sus víctimas para aplacar la sed infernal de sus dioses.

No se pueden oír sin espanto las penitencias que hacían, ya en expiación de sus culpas, ya para disponerse dignamente á celebrar las fiestas religiosas.

Maltrataban sus carnes como si fueran insensibles y vertían su sangre como si fuera un líquido superfluo.

Clavábanse las agudísimas espinas del maguey y se perforaban algunas partes del cuerpo, especialmente las orejas, los labios, la lengua, los brazos y las pantorrillas.

En los agujeros que se hacían con aquellas espinas, introducían pedazos de caña agudísimas en un principio y cuyo volúmen aumentaba progresivamente.

La sangre que salía de la herida la guardaban cuidadosamente en ramas de cierta planta dedicada á esto.

Clavaban después las espinas ensangrentadas en unas bolas de heno que exponían en los merlones del templo, á fin de que constase la penitencia que hacían.

Los que se daban á estas prácticas en el recinto del templo se bañaban en un estanque, el cual, por tener siempre las aguas teñidas de sangre se llamaba Ezapán.

Había un cierto número señalado de cañas para esta penitencia, las cuales se guardaban para memoria.

En Teohuacán habitaban cuatro sacerdotes, célebres

(1) Clavijero, *Historia antigua de México*.

por su austeridad: ayunaban casi hasta perecer de hambre durante cuatro años seguidos, y por los agujeros de sus carnes, que se hacían con espinas de maguey, pasábanse hasta sesenta pedazos de caña de tamaños diferentes.

Si alguno de los cuatro sacerdotes faltaba á la contienda, era muerto á palos, quemado su cadáver y sus cenizas esparcidas al viento.

Capítulo VIII

La educación azteca

EDUKADA en la contemplación de tantas atrocidades, natural era que Papantli no hubiese de conmoverse gran cosa con los sufrimientos impuestos á sus víctimas por el feroz Ixtaolzín.

Sin embargo, era mujer, y por fortuna la monstruosidad en caracteres femeniles es, puede decirse, excepcional.

Esa bella mitad del género humano es cuanto de más perfecto existe en nuestro defectuoso mundo, y la Divinidad se ofendería á si misma si permitiese la completa degeneración de los sentimientos de la mujer.

Aquella misma sociedad azteca tenía de la mujer concepto tan grande como nos lo demuestra la siguiente bellísima exhortación que las madres dirigían á sus hijas en el momento que llegaban á la mayor edad.

Hé aquí esa exhortación conservada por los primeros misioneros apostólicos, especialmente por Motolinia, Olmos y Sahagún, los cuales aprendieron perfectamente

la lengua de los indios y se aplicaron con suma diligencia á investigar sus usos y costumbres.

—Hija mia,—decía la madre;—nacida de mi sustancia y alimentada á mis pechos, he procurado criarte con el mayor esmero y tu padre te ha elaborado y pulido á guisa de esmeralda, para que te presentes á los ojos de los hombres como una joya de virtud.

»Esfuérzate en ser siempre buena, porque si no lo eres ¿quién te querrá por mujer? Todos te despreciarán.

»La vida es trabajosa y es necesario echar mano de todas nuestras fuerzas para obtener los bienes que los dioses nos quieran enviar; pero conviene no ser perezosa ni descuidada, sino diligente en todo.

»Sé aseada y ten tu casa en buen orden.

»Da agua á tu marido para que se lave las manos y haz el pan para tu familia.

»Donde quiera que vayas preséntate con modestia y compostura, sin apresurar el paso, sin reírte de las personas que encuentres, sin fijar las miradas en ellas, sin volver ligeramente los ojos á una parte y otra, á fin de que no padezca tu reputación.

»Responde cortésmente á quien te salude ó pregunte algo.

»Empléate diligentemente en hilar, en tejer, en coser, en bordar, porque así serás estimada y tendrás lo necesario para comer y vestirme.

»No te des al sueño, ni descansas á la sombra, ni vayas á tomar el fresco, ni te abandones al reposo; pues la inacción trae consigo la pereza y otros vicios.

»Cuando trabajes no pienses más que en el servicio de los dioses y en el alivio de tus padres.

»Si te llaman ellos, no aguardes á la segunda vez, sino

que acude pronto para saber lo que quieren, á fin de que tu tardanza no les cause disgusto.

»No respondas con arrogancia, ni muestres repugnancia á lo que ordenen: si no puedes hacerlo, exímete con humildad.

»Si llaman á otra y no acude, responde tú: oye lo que mandan y hazlo bien.

»No te ofrezcas nunca á lo que no puedas hacer.

»No engañes á nadie, pues los dioses te miran.

»Vive en paz con todos; ama á todos honesta y discretamente, á fin de que todos te amen.

»No seas avara de los bienes que los dioses te han concedido.

»Si ves que á otras se dan no sospeches mal en ello, porque los dioses, de quienes son todos los bienes, los dan cómo y á quién les agrada.

»Si quieres que los otros no te disgusten, no los disgustes tú á ellos.

»Evita la familiaridad con los hombres, y no te abandones á los perversos apetitos de tu corazón, porque serás el oprobio de tus padres y ensuciarás tu alma como el agua con el fango.

»No te acompañes con mujeres disolutas, ni con las embusteras, ni con las perezosas, porque infaliblemente infeccionarán tu corazón con su ejemplo.

»Cuida de tu familia y no salgas á menudo de casa, ni te vean vagar por las calles y por las plazas del mercado, pues allí encontrarás tu ruina.

»Considera que el vicio, como yerba venenosa, da muerte al que lo adquiere, y una vez que se introduce en el alma, difícil es arrojarlo de ella.

»Si te habla en la calle algún joven atrevido, no le respondas y pasa adelante.

»No hagas caso de lo que te diga, ni des oídos á sus palabras.

»Si te sigue, no vuelvas el rostro á mirarlo, para que no se inflamen más sus pasiones.

»Si así lo haces, se detendrá y te dejará ir en paz.

»No entres en casa ajena sin urgente motivo, por que no se diga ó se piense algo contra tu honor.

»Pero si entras en casa de tus parientes, salúdalos con respeto y no estés ocioso, sino toma inmediatamente el uso ó empléate en lo que sea necesario.

»Cuando te cases respeta á tu marido y obedécelo diligentemente en lo que te mande.

»No le ocasiones digusto ni te muestres con él desdeñosa ni airada.

»Acógelo amorosamente en tu seno aunque sea pobre y viva de tus riquezas.

»Si en algo te apesadumbra no le des á conocer tu desazón cuando te mande algo.

»Disimula por entonces y después le expondrás con mansedumbre lo que sientes, á fin de que con tu suavidad se tranquilice y no te aflija más.

»No lo denuestes en presencia de otro, porque tú serás la deshonrada.

»Si alguno entrare en tu casa para visitar á tu marido, muéstrate agradecida y obséquialo como puedas.

»Si tu marido es desamorado, sé tú discreta.

»Si no maneja bien tus bienes, dale buenos consejos; pero si absolutamente es inútil para aquel encargo, tómalo por tu cuenta, cuidando esmeradamente de tus posesiones y pagando exactamente á los operarios.

»Guárdate de perder algo por tu descuido.

»Sigue, hija mía, los consejos que te doy.

«Tengo muchos años y bastante práctica del mundo.

«Soy tu madre y quiero que vivas bien.

«Fija estos avisos en tu corazón, pues así vivirás alegre.

«Si por no querer escucharme, ó por descuidar mis instrucciones te sobrevienen desgracias, culpa tuya será y tú serás quien lo sufras.

«¡No más, hija mía, los dioses te amparen!»

La sana moral que las sencillas máximas anteriores envuelven, conservaban en el corazón de las mujeres aztecas cierta dulce sensibilidad que las impelia á sucumbir por completo al peso que ejercían en la sociedad los atroces ritos de aquella cruel religión, cuya principal tendencia era la de inspirar á sus adeptos el desprecio de la vida y de los peligros, según convenia á un pueblo como el azteca esencialmente guerrero y batallador.

Papantli conservaba, por su fortuna, esa sensibilidad, y por más adormecida que la tuviese la constante compañía del sacerdote Ixtaolzín, bastó que contemplase la maravillosa resignación que en todos los tormentos de la vida infunde el cristianismo, para que se sobrepusiesen en su alma los buenos sentimientos, á los vicios de su educación.

Su rehabilitación, por así decir, ante la humanidad se operó tanto más fácilmente, cuanto que pudo ver los efectos de la religión del mártir del Calvario, no ya en un español, sino en una compatriota suya, en la dignísima y valerosa Xochitl.

Papantli más que nadie conocía la historia de la noble esposa de Gonzalo de Alva.

En el templo estaba cuando Ixtaolzín pretendió sacrificar á la madre de los dioses el grupo de doncellas en

que figuraba Xochitl, por entrega que de ella había hecho su propio padre en un momento de patriótica ceguedad.

En aquella situación horrible el ánimo de Xochitl no decayó ni un solo momento.

Fué lo que era natural que fuese; una víctima digna de aquellas bárbaras costumbres.

¡Cuán diferente se presentó á sus ojos una vez que la idea cristiana se hubo posesionado de ella!

En vez de palabras de odio y de sangrienta queja, sólo brotaban de sus labios palabras de plácido consuelo, y en sus ojos no brillaban ya las miradas rencorosas contra el sacrificador sino destellos de piedad y de perdón.

Papantli sintió que en su corazón desbordaban torrentes de inmenso y nuevo amor, y como los restos de antiguas supersticiones no le permitían compadecer como era humano á Xochitl la perjuración de sus dioses, compadeció y puso todo su amor en la pobre criatura de que Xochitl era madre.

Viendo estamos las consecuencias de aquel amor.

Exponiéndose á todo había traído al camino en que el hijo de Gonzalo de Alva corría sus aventuras, á D. Alvaro de Silva y á la hermosa D.^a Ana.

El niño iba, pues, por su medio, á ser salvado y devuelto á sus padres.

Pero todavía iban á presentársele dificultades de enorme magnitud.

Mas, de su parte estaba el verdadero Dios, cuya mirada ilumina el universo en las horas de tormenta, cuando con seguro paso camina sobre la estrellada alfombra de los cielos, teniendo á sus piés los desencadenados elementos.

Capítulo IX

La vuelta de Hernán Cortés

MIENTRAS ajenos en un todo á cuanto no fuese su personal interés, tales aventuras corrían los héroes de la presente narración, la nueva y buena ciudad de México otras no menores ni menos peligrosas corría, bogando sin sumergirse en aquel borrascoso mar de la política del tiempo y de la época.

Encontrados y poderosos intereses mezclábanse en gordiano nudo sin que nadie osase blandir para cortarle la espada famosa y expeditiva de Alejandro.

Hernán Cortés había por fin regresado á México y en la capital se encontraba, admirado tanto de verse en salvo de los riesgos corridos en su larguísima expedición á las Hibueras, como de lo mudada que en todos sentidos vino á encontrar la tierra de sus épicas acciones.

Mientras en México los despachos y pliegos confiados á Dorantes, y más que todo, el exceso en los abusos de Salazar y de Chirinos, habían causado la ruina y destitución de éstos, el conquistador que en Trujillo de Hon-

duras aguardaba el resultado de sus provisiones y luchaba con unas calenturas que le pusieron en el último extremo, recibió la visita de su pariente Fray Diego de Altamirano, quien, salido de México, le hizo ver el inaudito peligro en que de perderse estaba el nuevo reino y con esto el personal fruto de sus hazañas, si continuando la agitación en México, tardaba en apresurarse á calmarla con su deseada presencia.

Por Fray Diego supo cuánto empeño se había dedicado á indisponerle con el emperador y cómo los gobernadores habían enviado á la córte á su criado Peña con falsos informes sobre su conducta, y grandes recomendaciones para el comendador Cobos, cuya influencia tan perjudicial podría serle.

Hernán Cortés midió en efecto la extensión del daño que causarle podría una imprudente demora, pues desde su salida de Goatzacoalcos no había vuelto á escribir al emperador, y el 25 de Abril de 1526 se hizo á la mar para Veracruz; pero una furiosa borrasca le obligó á entrar en el surgidero de la Habana, donde supo con gran contentamiento por los pasajeros de algunas velas arribadas de la Nueva-España, que en ella concluido había el mayor peligro con la destitución y enjaulamiento de los dos inquietos oficiales reales.

Al cabo de diez días que á instancias de sus muchos amigos se detuvo en la Habana salió de ella con tiempo bonancible, pero, nuncio de los desagradados que se le preparaban, nueva borrasca le sobrevino en el nunca pacífico golfo y hubo de desembarcar en la playa de Medellín, cuya colonia por él fundada en honor de su patria, quiso visitar.

Sus moradores, que ni idea tenían de que tan en su

cara estuviese el gran conquistador, no hubieron de aperibirse de su presencia hasta que halláronle en su iglesia postrado ante sus altares y dando gracias á la Providencia divina que de tantos y tan dilatados riesgos habíale sacado libre.

Luego que corrió la voz de la vuelta de Cortés todos los colonos, cuenta un historiador, salían de sus casas á ver á su fundador y padre, todos se le acercaban y ninguno se saciaba de verle: los regidores, que luego acudieron, dudaban si aquel que veían era el famoso Cortés que dos años antes había pasado por allí: ¡tan demudado volvió de las calenturas que por largo tiempo lo habían aquejado!

No poco le aprovechó para su convalecencia la cordial acogida de los castellanos de aquella villa en los doce días que allí se detuvo.

De allí salió con ánimo de llegar presto á México; pero fueron tanto los obsequios que recibía por aquel camino, que le era preciso á cada paso detenerse, para oír las diputaciones de los mexicanos, no sólo de las ciudades y pueblos vecinos, sino aun de los que distaban sesenta leguas, que le daban la bienvenida y le ofrecían costosos presentes de oro, plata, tegidos de pelo, plumas y algodón, con cuanto tenían de precioso y raro.

Le componían y aderezaban con flores el camino por donde pasaba, y con bailes divertían á su comitiva, no de otra manera que si pasara por allí su querido rey Moctezuma.

Seguramente que Cortés en su vida no tuvo días más alegres que estos, y como no se esperaba un recibimiento tan afectuoso, saltábasele las lágrimas de contento.

Albornoz desde Tezcoco con muchos castellanos salió

á recibirle una jornada. Estrada con el regimiento y casi todos los vecinos de México le acompañaron á dar gracias á Dios á la iglesia de los franciscanos.

Copiando al mismo padre Cavo, citadotantas veces en el curso de esta historia, diremos que á pocos días de llegado á México Cortés, mandó prender á Gonzalo de Ocampo, amigo del veedor, por la parte que había tomado en el gobierno de aquella época de iniquidad.

Deshizo también lo que Salazar y Chirinos habían dispuesto sobre repartimientos y trataba de volver las cosas al estado que las dejó, cuando recibió una carta venida de España en que le avisaban que se disponía el embarque de un juez pesquisador que iba á México.

En efecto, el día de San Juan, asistiendo á una corrida de toros, llegaron á la ciudad despachados por el licenciado Ponce de León, que era el anunciado juez, Lope de Samaniego y Gómez de Ortega que le entregaron pliegos del emperador y una carta del licenciado en que le daba parte de su comisión.

En la carta que Carlos V escribió á Cortés para que no tuviese á mal que se le enviase juez de residencia, le decía haber tenido muchas delaciones de su persona, y que aunque estaba persuadido de que nacían de la malevolencia de sus enemigos, por satisfacer á su conciencia y acomodarse á los usos del reino, le enviaba al licenciado Ponce de León, por juez de sus acciones, para que, averiguada la verdad, fuera premiado como merecía; que el dicho letrado era sujeto de integridad y saber, por lo mismo tendría á bien que lo recibiese y tratase conforme á las prevenciones que llevaba y que sólo durarían tres meses, debiendo enviar al consejo lo que actuase.

Añadía el emperador, que le había disgustado sobre-

manera, que en la repartición que había hecho de aquellas provincias se hubiese adjudicado las más grandes, ricas y fértiles, cuando á él le había señalado las menores y más pobres.

Que aunque era razón que el autor de aquella conquista se utilizase, lo excesivo se debía moderar, y por eso en aquella materia le encomendaba que se conformase con el parecer de Ponce de León.

Concluía el emperador su carta diciéndole que tuviese á bien el haberse valido del oro y plata que remitía á su casa, pues á dar ese plazo le habían obligado las necesidades del Estado, pero que se habían dado las constancias bastantes para su seguridad.

Todo lo acató Cortés, como dispuesto por quien disponerlo debía, y contestó incontinenti á Ponce de León felicitándolo por su llegada y preguntándole cuál de los dos caminos elegía para llegar á México, si el poblado, que era el más largo, ó el escabroso y más corto.

Entre tanto, para que nada faltase á la comodidad y regalo de tal hombre, por ambos caminos despachó á sus criados.

Pero como los enemigos de Cortés representaron á aquel juez que el motivo de desear saber el camino que seguiría, no era otro que el de sorprenderlo con gente armada, sin ser visto de los criados del conquistador, en cinco días se puso en Ixtapalapan, ciudad situada en las orillas de la laguna de México.

Avisado Cortés, allí le dió un magnífico y suntuoso banquete, de resultas del cual le sobrevino tan grave indisposición, que los malignos lo atribuyeron á tósigo que Cortés le diera en un plato de natillas.

Mas la causa de esta novedad fué que aquel licenciado,

hambriento y acalorado con el sol, comió demasiado y abusó de bebidas heladas.

Otros muchos que asistieron á aquel banquete y comieron de todo como el comendador Diego Fernández Proaño, nombrado por Carlos V alguacil mayor de la residencia, no experimentaron novedad alguna en la salud.

Después de la comida, en nombre de Cortés se le hizo á Ponce de León un costoso presente que no quiso admitir.

Con gran solemnidad el juez entró en México en la madrugada del 2 de Julio, siendo recibido por Hernán Cortés acompañado de Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Alonso de Estrada, Rodrigo de Albornoz y el Ayuntamiento, y después de oída la misa en San Francisco, condujéronle á su alojamiento.

Aquella tarde pasó Cortés á visitarlo y resolvieron de común acuerdo que al día siguiente se leerían los despachos del emperador y se comenzaría la residencia.

En efecto, á la mañana siguiente, leídos los despachos del emperador y obedecidos por Cortés y por el Ayuntamiento, tomó el escribano testimonio de aquel acto.

Inmediatamente los alcaldes ordinarios presentaron sus varas y Ponce de León se las restituyó.

Hizo Cortés lo mismo y el juez le dijo:

«Esta vara del señor gobernador la guardo para mí.»

Después de estas formalidades se pregonó el bando de residencia, para que quienes se hallasen agraviados se querellasen, lo que alborotó grandemente á México, pues los unos esperaban ganar mucho con el proceso de Cortés, y otros temían las averiguaciones que se hiciesen, y los más metían cizaña por tal de que el río se revolviere lo bastante para ganancia de pescadores.

Pero poco les duró á todos este afán, porque aquella misma mañana, de vuelta de San Francisco donde la junta había tenido lugar, Ponce de León volvió escalofriado á su casa, y sin que le aprovecharan los medicamentos á pocos días murió, dejando por su sustituto al licenciado Marcos de Aguilar, que con él había traído de la España, hasta tanto que el emperador determinase otra cosa.

Muerto Ponce de León hubo sus diferencias sobre si podía ó no poner á otro en su lugar.

Después de muchos días se decidió que había procedido conforme á derecho, y Marcos Aguilar fué reconocido por gobernador y juez de residencia.

Pero Aguilar, que padecía una grave enfermedad crónica, no pudo resistir el peso del gobierno y de tan enredada residencia y á los dos meses de nombrado falleció á su vez, nombrando en su lugar al tesorero Alonso de Estrada.

Por largo tiempo se dudó y discutió si un sustituto como lo era Aguilar podía nombrar otro sustituto, y el conflicto que el ambicioso Estrada suscitó queriendo hacer valer su nombramiento, habría producido funestas consecuencias si Cortés hubiera persistido en no encargarse del gobierno, como se lo suplicaba el Ayuntamiento alegando que negándose á ello haría constar su limpieza y fidelidad así como también taparía la boca á sus enemigos.

Dióse á la cuestión el corte de que Estrada con Sandoval gobernarían el reino en lo civil y que D. Hernando entendería en lo militar y negocios de los indios.

Por evitar la anarquía Cortés condescendió con éste término medio.

Estrada, luego que se vió gobernador, mandó poner en libertad á Salazar y á Chirinos, á quien Cortés había sacado de su jaula y puesto en San Francisco por escrúpulo de que habianlo tomado preso en la casa de los padres franciscanos de Tlaxcala, sin que hubiera salido de su retraimiento.

Y mientras Cortés ponía todo su empeño en desmentir con su conducta cuerda y prudente las calumnias por sus enemigos levantadas contra él, que al fin grande hombre fué y como tal mordieron la envidia y la maledicencia, Alonso de Estrada, émulo y digno sucesor del estúpido Gonzalo de Salazar y del imbecil Peralmindez, ponía á la Nueva España en no menor trastorno y peligro de perderse que aquellos en que habianla puesto sus antecesores.

Tal era la situación política en los momentos en que nuestros héroes ponían su empeño en salvar al hijo de Xochitl y Gonzalo de Alba de las arteras asechanzas del sacerdote Ixtaolzin.

Capítulo X

Tocando el fin

POR más que Papantli comprendiese el peligro que ella misma y D. Alvaro y D.^a Ana corrían, no deshaciéndose, antes de pasar adelante, del sacerdote de Toci y de su esclavo Popoca, D. Alvaro no pudo conseguir de ella que le indicase la casa en que ocultos estaban.

A las reiteradas instancias del joven contestó:

—No quiero cometer á Ixtaolzín una nueva traición. Bastante hago con descubrirlos el paradero de ese niño que él ama, á su modo, con tanta violencia como yo.

Cualesquiera que sean los crímenes que el sacerdote haya cometido, y entended que yo los disculpo, tengo para con él grandes obligaciones que creo pagarle salvándole de ser muerto por tu espada.

Sin él, y su protección, yo hubiese perecido durante el tremendo sitio de México por Cortés y sus aliados.

A él me confiaron mis padres, y muertos ellos, Ixtaolzín hizo para mí sus oficios.

El me salvó de los desastres del último día y me libró de la esclavitud y de la deshonra á que mi clase y mi hermosura me habrían quizás expuesto, y me ocultó en la gruta de Tepeyac.

No perdamos, pues, más tiempo.

Cosme y los dos españoles que le acompañan no han vuelto á aparecer al extremo de esta calle:

Si, como lo sospecho, son enemigos, libres, por el momento, estamos de ellos.

Seguidme pues.

A nuestras espaldas quedarán Ixtaolzín y Popoca.

El primero no es enemigo temible en el ataque puesto que ciego está.

Para librarte del segundo, si á atacarnos se atreviese, reluciente espada española llevas en tu mano.

Tú sabrás cómo la usas.

Dicho esto, Papantli comenzó á marchar calle adelante seguida de D.^a Ana y D. Alvaro, que no perdía de vista las puertas de las casas de la opuesta acera.

Sin accidente alguno, nuestros tres héroes llegaron á la casa en que moraba la mujer encargada del hijo de Xochitl.

Papantli llamó con suavidad, según tenía convenido, y la puerta se abrió y detrás de ella desaparecieron Papantli, D.^a Ana y D. Alvaro.

Pero á la vez que aquella puerta se cerraba, abriase de par en par la de la casa en que se ocultaban Ixtaolzín y Popoca y ambos salieron á la calle.

—¿A ninguno has conocido?—preguntó el sacerdote.

—A ninguno,—contestó Popoca.

—¿Ni á la mujer que los guía y dices ser una india?

—Ni á esa, pero...

- ¡No te detengas! ¿qué sospechas?
- Que puede haber sido la misma mujer á la cual confiasteis el niño.
- ¿De qué lo deduces?
- De que la puerta le ha sido abierta sin que yo haya percibido que llamaran.
- Después de todo, eso nada significa: lo importante es que estés seguro de que en esa casa han entrado.
- Lo estoy.
- En tal caso, la suerte está echada. Vamos allá.
- ¿Insistes en ello?
- ¿Lo dudas y sabes que antes me dejaré matar que consentir en que me roben ese niño?
- No lo dudo, pero estímulo tu deseo como un disparate.
- ¿Por qué?
- Porque ese español lleva consigo una de esas terribles espadas que tan bien manejan los suyos.
- ¿Acaso no tienes tú la que igual á esas te he proporcionado?
- Conmigo la llevo.
- Entonces, ¿tienes miedo?
- Por tí le tengo en efecto.
- ¿Por mí?
- Sí, por tí. ¿Cuál será tu suerte si ese español me mata antes de que yo pueda herirle?
- Mi instinto suplirá la falta de mis ojos: además, poco me importa mi vida; de la que yo quiero hacerme dueño y árbitro es de la de ese niño: una vez apoderado yo de él, mientras tú riñes con el español, si me juzgo perdido le ahogaré entre mis manos y su cadáver dirá á Xochitl que me he vengado. Guía, pues, y deja obrar á los dioses.

Popoca no se hizo repetir la orden, y sin acordarse ni aun de cerrar la puerta de la casa echó á andar.

Ixtaolzin se cogió de los vestidos de su guía y le siguió acariciando entre sus dedos el cuchillo de negra obsidiana, propio de los sacrificadores.

Sus labios iban mientras tanto moviéndose convulsivamente.

Sin duda murmuraba alguna horrible oración.

Su deforme semblante contraíase y dilatábase en todas sus facciones, cual si en sorda ebullición agitárase su enardecida sangre.

Y de trecho en trecho levantaba al cielo los cóncavos vacíos de sus ojos, que marcábanse como puntos negros sobre su rostro iluminado con pálida luz por la luna llena de aquella noche, cuyo suave ambiente y calma plácida contrastaban con las tormentas que conmovían el corazón de nuestros héroes.

Al menor ruido que las aves nocturnas producían, al huir medrosas de una á otra azotea, Ixtaolzin obligaba á Popoca á detenerse, y con rabiosa ansiedad oprímia su cuchillo de obsidiana entre sus dedos y contra su corazón, agitado por latidos desiguales.

—¿Te falta valor?—preguntaba Popoca.

Y el sacerdote respondía:

—¡Vista es lo que me falta, ojos con qué lanzar sobre mis enemigos los relámpagos de la ira que me consume!

—Serénate y déjate guiar por mí: yo te llevaré derecho á ellos.

—Si: eso será bastante, mi fiel Popoca.

Tan despiertas y excitadas siento todas mis facultades que me creo capaz de oír la dirección que al herir des á tu espada.

¡Oh! ¡si yo pudiese á mi vez blandir otra de esas hojas!
Sería capaz, si tal pudiese, de bastarme yo solo para
concluir con todos mis enemigos!

Nunca como en esta noche he sentido más entero mi
corazón.

Mi cerebro se mueve con actividad vertiginosa.

Impulso interior golpea mis sienas hasta hacerlas
saltar.

Comprendo, y en mí percibo, la cólera de los dioses.

Mis narices se dilatan recreándose con los vapores de
la sangre humana, derramada sobre la piedra verde de
los sacrificios.

¡Buscan en lo impalpable mis manos enrojecidas, el
palpitante corazón de la víctima!

El recuerdo de las grandes fiestas de nuestros dioses
me embriaga y enloquece.

¡El fuego del entusiasmo de mis juveniles días abrasa
mis venas!

¡Nunca como hoy abrigué más condensado en mi co-
razón el odio á mis semejantes que en él tuvo siempre
su templo!

Pero... ¿por qué te detienes, Popoca?

El esclavo habíase en efecto detenido bruscamente.

Llegando iba á la casa objeto de su nocturna vigilia,
cuando al extremo de la calle aparecieron de nuevo el
mandadero Cosme y los dos españoles sus acompa-
ñantes.

Capítulo XI

¡Jamás vengado!

No quedó ni al sacerdote ni á su esclavo el recurso
de retroceder ni ocultarse.

Cosme y los suyos habíalos también descubierto y
apresurado el paso para llegar á ellos.

Ixtaolzín, próximo á perder el sentido de resultas de
un ataque de ira, oyó gritar á uno de los españoles:

—¡Alto ahí! ¡vive Cristo!

Popoca estiró al sacerdote, que había puesto la mano
sobre uno de los hombros del esclavo, y se arrojó espa-
da en mano contra el español retador, que lo era D. Pe-
dro de Togores.

Pero este tendió recta su acerada hoja y aunque el
esclavo quiso retroceder no lo pudo, por habérselo, sin
intención alguna, impedido el sacerdote ciego, y D. Pe-
dro le atravesó de parte á parte produciéndole una
muerte instantánea.

Iba á hacer otro tanto con Ixtaolzín, á quien la desgra-
cia acontecida á su esclavo mantenía rígido y mudo